







1492~1992

Parece que fue ayer

Pocas cosas siguen siendo noticia después de 500 años. Esto sucede con el Descubrimiento de América, o el encuentro de dos culturas o la conquista de América. Los tres títulos, antagónicos en su concepción, se utilizan para la misma noticia ocurrida el 12 de octubre de 1492, cuando Cristóbal Colón, el navegante genovés bajo bandera española, avistó tierra americana. Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez, Eduardo Galeano, Juan José Sebreli y Ernesto Sabato tratan de dilucidar en este suplemento la historia negra de la historia blanca, como señala el autor de "El Túnel" al referirse a los mitos construidos sobre la épica colombina. Sus opiniones recorren la gama de enfoques que confluyen sobre el tema, desde la aceptación descarnada de los hechos hasta la denuncia del genocidio, pasando por la visión más ecléctica, apoyada en la idea del encuentro de las culturas, sin descuidar la actualidad o consecuencias de esa noticia 500 años después.

Por Juan José Sebreli



Un Descubrimiento con todas las letras

Ya nadie habla de descubrimiento de América, parece que el hecho de haber sido descubiertos fuera denigrante para los indígenas; ahora se habla, en el mejor de los casos, de "encuentro entre dos culturas". ¿Pero es que acaso no hubo descubrimiento? El hecho de descubrir es un proceso activo, implica una voluntad de conocer algo nuevo, la posesión de los medios adecuados para ello, una búsqueda, un traslado a través del espacio. Si nos atenemos a esto, es indudable que los europeos descubrieron a los americanos. Si los indígenas se hubieran adelantado viajando a Europa, hoy habría que hablar del descubrimiento de Europa por los americanos. Pero no fue así, y ni siquiera puede hablarse de descubrimiento mutuo. Los indígenas fueron sorprendidos por los españoles, su rol fue meramente pasivo. Por añadidura los españoles muy rápidamente entendieron a los indios, conocieron su lengua y sus costumbres, aunque no los aceptaran. Los indígenas, en cambio, no entendían a los españoles, y no nos referimos sólo a las tribus primitivas, sino aun a las civilizaciones más avanzadas, como los aztecas que confundieron a los españoles con dioses o semidioses que volvían para castigarlos. Desde el mismo momento en que los indígenas creyeron que los españoles eran dioses estaban irremediablemente perdidos.

Ante esa falta de reciprocidad ¿qué significa hablar de encuentro entre dos culturas? Ante todo no puede hablarse de una civilización precolombina como se habla de una civilización del Mediterráneo, sólo había un caos de grupos étnicos dispersos con grados de desarrollo muy distintos, no tenían la menor posibilidad de comunicarse por carecer de una lengua común, por las enormes distancias y la falta de medios de transporte. Ni siquiera tenían noción de la existencia de las otras culturas, los aztecas no sabían que existían los incas, ni los incas que existieran los aztecas, y las tribus primitivas no tenían noción de nada fuera de ellas mismas. Cuando por azar se producían encuentros, estos sólo daban origen a guerras sangrientas.

Por otra parte, el grado de desarrollo político, económico, social y cultural distaba mucho del de los europeos, ninguno de ellos —salvo los mayas— conocía la escritura. En el caso de algunas tribus, por ejemplo, las que vivían en el actual territorio argentino y brasileño eran supervivencias de la prehistoria, anterior al neolítico, fluctuaban entre la etapa más primitiva cuando se vivía de los productos naturales y aquella en que surgía la agricultura. Salvo que creamos, como los aristócratas rousseaunianos del siglo XVIII, en el mito del buen salvaje, debemos admitir que nada, pero nada, podían enseñar a los invasores.

En el caso de los más avanzados, los aztecas y los incas, estaban en el estadio de los antiguos egipcios, es decir una civilización que había florecido en el Viejo Continente unos seis mil quinientos años antes. Pero además ¿cuál era el contenido de esas civilizaciones cuya pérdida tanto se lamenta? De los mayas nada podemos decir porque ya estaban en decadencia cuando llegaron los españoles. En cuanto a los aztecas y los incas es preciso consignar que un puñado de españoles se las hubiera visto en dificultades para dominar a aquellas sociedades guerreras si no hubiera contado con gran parte de la población autóctona, que aprovechó la ocasión para rebelarse contra su propia clase dirigente, no sólo opresora sino además colonizadora. Los indigenistas, los tercermundistas y todos los enemigos ideológicos de la colonización española incurren en una seria contradicción, ocultando o desconociendo el hecho de que tanto los aztecas como los incas habían conquistado tierras ajenas dominando a los toltecas en un caso, a los aymara en el otro. Tanto Cortez como Pizarro contaban en sus ejércitos con masas de indígenas, y aun con dirigentes indígenas rivales al poder establecido, el rey de Texococ entró junto a Cortez al templo de Tenochtitlán, y Huáscar ayudó a Pizarro en su lucha contra Atahualpa. Los aztecas no tenían autoridad moral para denunciar el imperialismo cultural español, cuando ellos mismos, cien años antes de la llegada de los españoles, habían destrozado los monumentos y todo el patrimonio cultural de los toltecas para imponer su propia cultura.

A pesar de todo eso aún se plantea la pregunta de si la civilización de los aztecas y los incas era digna de ser resguardada, como un modelo original y alternativo al feudalismo declinante y al capitalismo incipiente de los conquistadores europeos. La sociedad azteca era una teocracia sangrienta que exigía el sacrificio de doscientos mil adolescentes por año en el altar de los dioses. Era una sociedad militarista espartana donde los varones eran educados para la guerra desde su infancia en una obediencia ciega. Era una sociedad ultraconservadora donde el presente se subordinaba al pasado, los jóvenes a los adultos, las mujeres a los varones y donde el culto servido a los jefes guerreros y a los sacerdotes constituía la máxima virtud.

Con respecto a los incas, la confusión es aun mayor, ya que los tercermundistas y cierto autoritarismo de izquierda han llegado a definir el Imperio Incaico como una suerte de socialismo americano antiguo interrumpido por el régimen de propiedad privada impuesto por la conquista. Por cierto, los incas no tenían nada que ver con el socialismo, aunque sí admitían muchos rasgos similares al stalinismo o el maoísmo, en la medida en que todos ellos tenían una base común con el modo de producción asiático. La identificación del Imperio Incaico con el socialismo no es más que la derivación de uno de los errores políticos más graves del siglo XX: la confusión del socialismo con el estatismo y por lo tanto con los regímenes totalitarios del Este.

Las similitudes del Imperio Inca con los sistemas totalitarios son notorios: había una red de inspectores y funcionarios dedicados a la vigilancia y espionaje de cada uno de los pobladores. Aun el ocio estaba dirigido, se reglamentaban las fiestas, las canciones, las danzas, los juegos, todos debían llevar la misma vestimenta y el mismo corte de pelo. Hasta el comportamiento sexual era reglamentado por el Estado, se regulaban los actos sexuales, la soltería era estigmatizada, los adúlteros y homosexuales castigados con pena de muerte. En esas condiciones la vida cotidiana era gris, triste y monótona hasta el tedio, como ocurre en las sociedades totalitarias contemporáneas.

La actitud que tengamos hoy ante los incas está mostrando nuestra propia concepción del mundo y la vida: si el ideal es una sociedad ordenada, jerarquizada, y regimentada, donde la vida sea segura aunque no haya libertad, donde no se conozcan preocupaciones económicas aunque reine la desigualdad y el terror, y el tedio invada la vida cotidiana debe considerarse que el Imperio incaico fue uno de los mayores logros de la historia. Si, por el contrario, consideramos como fin una sociedad que permita el mayor desarrollo de las personas en libertad, habrá que repudiarla como un sistema totalitario más.

Nos solidarizamos, por cierto, con las voces que se alzan en este V Centenario para denunciar el genocidio perpetrado por los conquistadores. Pero no podemos, a la vez, dejar de señalar las deformaciones ideológicas de esta acusación. Por ejemplo, una de las causas fundamentales de la muerte de los indios fueron los virus traídos por los españoles, y esto no puede ser calificado, como lo hacen los indigenistas de "guerra bacteriológica". Por otra parte se olvida que los conquistadores no sólo aportaron las pestes y el trabajo forzado sino también la mayor parte de las especies vegetales alimenticias, la mayoría de los mamíferos, entre estos el caballo que luego constituiría un apéndice del indio, además de introducir la rueda y el arado, la técnica del hierro y del vidrio y perfeccionar la alfarería y el tejido.

Para denunciar la crueldad de los españoles no hace falta incurrir en la leyenda de los indios pacíficos y bondadosos. Las cabezas de los vencidos en la punta de las picas o reducidas como trofeos de guerra, los collares hechos de dientes, los cueros deshollados de las víctimas convertidas en vestidos y los cráneos transformados en copas para beber la chicha desluecen un tanto la visión idílica. Esto sin entrar a hablar de las ceremonias de canibalismo o la exterminación de los viejos. Se habla del asesinato del Inca Atahualpa por Pizarro, pero se olvida que aquél había hecho matar a su hermano Huáscar y bebió chicha en su cráneo. Si debe admitirse en contraposición a las ideologías racistas que los indios son seres humanos igual a los demás, debemos empezar por aceptar también que son capaces de las más atroces crueldades que los hombres de todas las razas, de todos los continentes, de todas las sociedades pueden cometer.

En este aspecto los indios no tenían por qué ser mejores que los españoles. Los españoles asesinaron a los indios pero de no ser así los indios hubieran asesinado a los españoles, y en la medida de sus fuerzas lo hicieron. El que mata a asesinos no deja por ello de ser un asesino, pero a su vez el asesino no es blanqueado de sus crímenes por el hecho de terminar asesinado. En oposición a una historia maniquea que veía indefectiblemente en los vencedores a los buenos y en los vencidos a los malos, hoy se han invertido los términos y las víctimas pasan a ser indefectiblemente los buenos; lo contrario de un error no tiene por qué ser la verdad.

El descubrimiento de América y sus consecuencias inevitables, la conquista y las colonizaciones, es un hecho irreversible y resulta ocioso imaginar otras historias. Las alternativas por otra parte eran bastante previsibles. O bien algunas sociedades indígenas hubieran evolucionado siguiendo las mismas etapas que las sociedades del Viejo Continente, llegando con varios siglos de atraso al mismo nivel que éstas, o bien, lo que es más probable, se hubiera perpetuado el "modo de producción asiático" que, como sabemos por otros ejemplos históricos, es estático, permanece igual a sí mismo por largo tiempo hasta que finalmente es destruido desde afuera ante el primer contacto con otras civilizaciones más dinámicas, o termina fundiéndose desde dentro por sus propias contradicciones internas, como ocurrió con la civilización maya. La idea de que los aborígenes dejados solos hubieran sabido crear una civilización original, inédita y más humana que las conocidas hasta entonces forma parte de las tantas utopías proyectadas sobre el Nuevo Continente, que carecen de toda fundamentación objetiva y de toda verificación histórica.

Esos ejercicios de mera fantasía histórica no sólo son ociosos sino además dañinos, porque constituyen una forma de evasión ante los problemas que aquejan a los indígenas contemporáneos. Explicar por crímenes cometidos hace quinientos años las injusticias que se cometen hoy con los indios es ocultar sus verdaderas causas, que son económicas y sociales y originadas por situaciones actuales.



En pelotas y con un bonete colorado

Por Osvaldo Soriano



Me acuerdo: Colón era uno de los tipos más aburridos del colegio. El infeliz ni siquiera tenía existencia real más allá del feriado de octubre. Rodrigo de Triana que gritaba "¡tierra!" y Colón que respondía "¡Pasale el plumero!". No me acuerdo en cuál de las tres carabelas viajaba, pero qué importancia tiene eso ahora que se habla de "encuentro de culturas", "descubrimiento" y otras ocurrencias de los funcionarios de Su Majestad.

Al evocar los cinco siglos de la conquista y el aniquilamiento de decenas de culturas uno no sabe si reírse o llorar. La fiesta no son las carabelas y la gesta de un genovés astuto y cojonudo sino más bien Aerolíneas, Telefónica y los negocios de los yuppies que han olvidado la huida de Sobremonte y la caída de Cisneros.

"Y para esto pensé de escrevir todo este viaje muy puntualmente, de día en día todo lo que yo hiziese y viese y passasse como adelante se veirá", empieza Colón en su *Diario*. Quinientos años después del primer gran equívoco se han sumado tantos más que el peso de los argumentos de uno y otro lado alcanzaría para hundir tres mil carabelas. El almirante escribe su diario con el auxilio de tres, cuatro, cinco idiomas. Pero una sola palabra lo obsesiona, en castellano o en italiano: oro. Aquel día de octubre Rodrigo de Triana ve tierra mientras Colón ve "lumbre". El color del oro.

Colón no se equivoca. España tampoco. Les cambia a los indios la eternidad cristiana por el oro que va a precipitar a Europa en el capitalismo y la modernidad. ¿Por qué no celebrarían los españoles semejante acontecimiento? El Quinto Centenario no podría festejarse sin maquillar la historia al gusto de esta época indiferente.

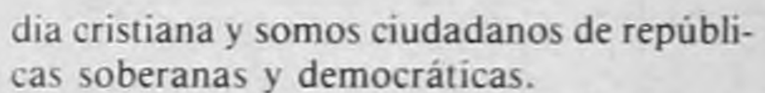
Cuando festeja el pasado, una comunidad agasaja su presente. Espera felicitaciones y regalos. Amigos que vengan a saludar. Para eso se hacen las fiestas de cumpleaños. Para recordarles a los otros que uno existe y que es hermoso existir. Pasa con España y pasó en el Centenario de la de Mayo, en la opulenta Argentina de 1910: los ganaderos y sus abogados celebraban la gloria efímera del país ganadero. Ahora los americanos del sur, hijos de andaluces, gallegos, genoveses y judíos, envidian a España, a sus finos intelectuales y a su valeroso Rey. Serían miles los que cruzarían el Atlántico en sentido inverso al de Colón si los controles de aduana les permitieran el ingreso.

España ha tirado la casa por la ventana para recordar la gesta de tanto hidalgo caballero de cruz sangrienta y espada redentora. Con las Olimpíadas, la Exposición de Sevilla y centenares de debates inútiles, deja una imagen de eficiencia que servirá a otros negocios mejores. Al fin y al cabo es lo único que cuenta. En América latina a nadie le importa un pito el Quinto Centenario, salvo que pueda ganarse unas pesetas en la confusión de los abrazos.

En todo caso, como escribe Juan José Sebreli en *El asedio a la modernidad*, "la América precolombina distaba mucho de ser el País de Jauja que imaginaban algunos europeos, se parecía más a un terreno baldío, ni siquiera a un potrero, ya que no había caballos (...) Los colonizadores introdujeron, no puede negarse, el trabajo forzado y las pestes desconocidas pero, al mismo tiempo, aportaron la diversificación de la dieta alimentaria, la ropa de cuero y lana antes desconocidas, la posibilidad de trasladarse mediante los animales de tiro y la rueda. Las interpretaciones tercermundistas eurófobas sólo recuerdan la extracción de oro y plata hecha por los europeos, ocultando la transferencia de animales, plantas y técnicas nuevas".

La transferencia de tecnología evocada por Sebreli no alcanzó a ser aprovechada a fondo porque los primitivos se redujeron de ochenta millones al alba del siglo XVI a la octava parte en 1550.

Curiosamente, una de las pestes aniquiladoras de entonces, el cólera, ha vuelto a caer ahora sobre los últimos indios. Por fortuna desde hace cinco siglos tenemos misericordia cristiana y somos ciudadanos de repúblicas soberanas y democráticas.



Régis Debray, que no deja moda sin vestir, ha publicado este año en Francia *Christophe Colomb: le visiteur de l'aube*, donde plantea que "América (...) es hija legítima de Gutenberg; y su advenimiento el punto de llegada de una larga odisea textual".

Textual, ¿por qué no? Hay Descubrimiento para todos los gustos. La oleada de publicaciones sobre el equívoco de Colón habla sobre todo —en la era de las privatizaciones— de las consecuencias de aquella gesta subvencionada por los Reyes Católicos. Nadie sabe, al hacer la historia, qué historia terminará por hacer. No lo sabía Colón como no lo sabía Lenin. A quinientos años de la travesía, la amistad con España es posible porque no somos descendientes de indios los que redactamos estas líneas sino otros, hijos de catalanes, sicilianos, bretones y polacos.

Nuestros abuelos tenían acentos estrafalarios y ninguno lograba colocar en su justo lugar el *ser* y el *estar* del castellano. Para este país de inmigrantes no eran realmente extranjeros sino gente que hablaba distinto. Vivíamos en un barrio de Europa, lejano y feliz, y los que llegaban del centro nos relataban sus historias de guerra y abandono. Nadie recordaba el descubrimiento aunque los católicos ultramontanos nos hubieran impuesto el muy racista *Día de la Raza* para demostrar la superioridad del blanco y el cristianismo sobre el moro, el judío y el indio, reafirmaban que "no somos indios", sino gente civilizada, domesticada, como Dios manda. Y no pensábamos en esas tonterías en el colegio porque era feriado y teníamos algo que agradecerle al Almirante.

Ahora que la Historia parece haber llegado a su fin y hemos vuelto a ser españoles de los tiempos de Cisneros, es posible evocar —con un poco de culpa pero sin riesgo de caer en el ridículo— aquel año de gracia de 1492, cuando Colón escribía en su diario: "A dos oras después de medianoche pareció la tierra. Amainaron todas las velas y quedaron con el treo que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamava en lengua de indios Guanahani. Luego vieron gente desnuda y el Almirante saltó a tierra en su barca armada".

Y sigue Colón, el histórico viernes 12: "Porque nos tuviese mucha amistad, por cognoscí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra sancta fe con amor que no por fuerça, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y una cuentas de vidrio que se ponían al pescueso y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla".

Ha pasado una eternidad y seguimos llevando el bonete colorado y las cuentas de vidrio. Hemos devuelto los regalos y estamos a mano. En paz. De vez en cuando hacemos un chiste de gallegos y nos divertimos como locos. También Cisneros se ríe y Sobremonte huye para poner a salvo los tesoros de la corona.





Por Eduardo Galeano

El Descubrimiento: el 12 de octubre de 1492, América descubrió el capitalismo. Cristóbal Colón, financiado por los reyes de España y los banqueros de Génova, trajo la novedad a las islas del mar Caribe. En su diario del Descubrimiento, el almirante escribió 139 veces la palabra oro y 51 veces la palabra Dios o Nuestro Señor. El no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza en aquellas playas, y el 27 de noviembre profetizó: "Tendrá toda la cristiandad negocio en ellas". Y en eso no se equivocó. Colón creyó que Haití era Japón y que Cuba era China, y creyó que los habitantes de China y Japón eran indios de la India; pero en eso no se equivocó.

Al cabo de cinco siglos de negocio de toda la cristiandad, ha sido aniquilada una tercera parte de las selvas americanas, está yerma mucha tierra que fue fértil, y más de la mitad de la población come salteado. Los indios, víctimas del más gigantesco despojo de la historia universal, siguen sufriendo la usurpación de los últimos restos de sus tierras y siguen condenados a la negación de su identidad diferente. Se les sigue prohibiendo vivir a su modo y manera, se les sigue negando el derecho de ser. Al principio, el saqueo y el otrocidio fueron ejecutados en nombre del Dios de los cielos. Ahora se cumplen en nombre del dios del progreso. Sin embargo, en esa identidad prohibida y despreciada fulguran todavía algunas claves de otra América posible. América, ciega de racismo, no las ve.

El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón escribió en su diario que él quería llevarse a algunos indios a España "para que aprendan a hablar" ("que deprendan fablar"). Cinco siglos después, el 12 de octubre de 1989, en una corte de justicia de Estados Unidos, un indio mixteco fue considerado "retardado mental" (mentally retarded) porque no hablaba correctamente la lengua castellana. Ladislao Pastrana, mexicano de Oaxaca, bracero ilegal en los campos de California, iba a ser encerrado de por vida en un asilo público. Pastrana no se entendía con la intérprete española, y el psicólogo diagnosticó "un claro déficit intelectual". Los antropólogos aclararon la situación: Pastrana se expresaba perfectamente en su lengua, la lengua mixteca, que hablan los indios herederos de una alta cultura que tiene más de 2000 años de antigüedad.

El Paraguay habla guaraní. Un caso único en la historia universal: la lengua de los indios, lengua de los vencidos, es el idioma nacional unánime. Y sin embargo, la mayoría de los paraguayos opina, según las encuestas, que quienes no entienden español "son como animales". De cada dos peruanos, uno es indio, y la Constitución del Perú dice que el quechua es un idioma tan oficial como el español. La Constitución lo dice, pero la realidad no lo oye. El Perú trata a los indios como Africa del Sur trata a los negros. El español es el único idioma que se enseña en las escuelas y el único que entienden los jueces, y los policías, y los funcionarios. (El español no es el único idioma de la televisión, porque la televisión habla inglés.)

Hace cinco años, los funcionarios del Registro Civil de las Personas, en la ciudad de Buenos Aires, se negaron a inscribir el nacimiento de un niño. Los padres, indígenas de la provincia de Jujuy, querían que su hijo se llamara Qori Wamancha, un nombre de su lengua. El Registro argentino no lo aceptó "por ser nombre extranjero".

Los indios de las Américas viven exiliados en su propia tierra. El lenguaje no es una señal de identidad, sino una marca de maldición. No los distingue: los delata. Cuando un indio renuncia a su lengua, empieza a civilizarse. ¿Empieza a civilizarse o empieza a suicidarse?

Cuando yo era niño, en las escuelas del Uruguay nos enseñaban que el país se había salvado del "problema indígena" gracias a los generales que en el siglo pasado exterminaron a los últimos charrúas.

El problema indígena: los primeros americanos, los verdaderos descubridores de América, son un problema. Y para que el problema deje de ser un problema es preciso que los indios dejen de ser indios. Borrarlos del mapa o borrarles el alma, aniquilarlos o asimilarlos; el genocidio o el otrocidio.

En diciembre de 1976, el ministro del Interior de Brasil anunció triunfal que "el problema indígena quedará completamente resuelto" al final del siglo XX: todos los indios estarán ya para entonces debidamente integrados a la sociedad brasileña, y ya no serán indios. El ministro explicó que el organismo oficialmente destinado a su protección (Funai, Fundaçao Nacional Do Indio) se encargará de civilizarlos; o sea, se encargará de desaparecerlos. Las balas, la dinamita, las ofrendas de comida envenenada, la contaminación de los ríos, la devastación de los bosques y la difusión de virus y bacterias desconocidos por los indios han acompañado la invasión de la Amazonia por las empresas ansiosas de minerales y de madera y todo lo demás. Pero la larga y feroz embestida no ha bastado. La domesticación de los indios sobrevivientes que los rescata de la barbarie es también un arma imprescindible para despejar de obstáculos el camino de la conquista.

"Matar al indio y salvar al hombre", aconsejaba el piadoso coronel norteamericano Henry Pratt. Y muchos años después, el novelista peruano Mario Vargas Llosa explica que no hay más remedio que modernizar a los indios, aunque haya que sacrificar sus culturas, para salvarlos del hambre y de la miseria.

La salvación condena a los indios a trabajar de sol a sol en minas y plantaciones, a cambio de jornales que no alcanzan para comprar una lata de comida para perros. Salvar a los indios también consiste en romper sus refugios comunitarios y arrojarlos a las canteras de mano de obra barata en la violenta intemperie de las ciudades, donde cambian de lengua, y de nombre, y de vestido y terminan siendo mendigos, y borrachos, y putas de burdel. O salvar a los indios consiste en ponerles uniforme y mandarlos, fusil al hombro, a matar a otros indios o a morir defendiendo el sistema que los niega. Los indios son buena carne de cañón; de los 25.000 indios norteamericanos enviados a la Segunda Guerra Mundial murieron 10.000.

El 16 de diciembre de 1492, Colón lo había anunciado en su diario: los indios sirven "para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres". Secuestro de los brazos, robo del alma; para nombrar esta operación, en toda América se usa, desde los tiempos coloniales, el verbo reducir. El indio salvado es el indio reducido. Se redu-



Cinco siglos de prohibición

Por Eduardo Galeano

El Descubrimiento: el 12 de octubre de 1492, América descubrió el capitalismo. Cristóbal Colón, financiado por los reyes de España y los banqueros de Génova, trajo la novedad a las islas del mar Caribe. En su diario del Descubrimiento, el almirante escribió 139 veces la palabra oro y 51 veces la palabra Dios o Nuestro Señor. El no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza en aquellas playas, y el 27 de noviembre profetizó: ''Tendrá toda la cristiandad negocio en ellas''. Y en eso no se equivocó. Colón creyó que Haití era Japón y que Cuba era China, y creyó que los habitantes de China y Japón eran indios de la India; pero en eso no se equivocó.

Al cabo de cinco siglos de negocio de toda la cristiandad, ha sido aniquilada una tercera parte de las selvas americanas, está yerma mucha tierra que fue fértil, y más de la mitad de la población come salteado. Los indios, víctimas del más gigantesco despojo de la historia universal, siguen sufriendo la usurpación de los últimos restos de sus tierras y siguen condenados a la negación de su identidad diferente. Se les sigue prohibiendo vivir a su modo y manera, se les sigue negando el derecho de ser. Al principio, el saqueo y el otrocidio fueron ejecutados en nombre del Dios de los cielos. Ahora se cumplen en nombre del dios del progreso. Sin embargo, en esa identidad prohibida y despreciada fulguran todavía algunas claves de otra América posible. América, ciega de racismo, no las ve.

El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón escribió en su diario que él quería llevarse a algunos indios a España ''para que aprendan a hablar'' (''que deprendan fablar''). Cinco siglos después, el 12 de octubre de 1989, en una corte de justicia de Estados Unidos, un indio mixteco fue considerado ''retardado mental'' (mentally retarded) porque no hablaba correctamente la lengua castellana. Ladislao Pastrana, mexicano de Oaxaca, bracero ilegal en los campos de California, iba a ser encerrado de por vida en un asilo público. Pastrana no se entendía con la intérprete española, y el psicólogo diagnosticó ''un claro déficit intelectual''. Los antropólogos aclararon la situación: Pastrana se expresaba perfectamente en su lengua, la lengua mixteca, que hablan los indios herederos de una alta cultura que tiene más de 2000 años de antigüedad.

El Paraguay habla guaraní. Un caso único en la historia universal: la lengua de los indios, lengua de los vencidos, es el idioma nacional unánime. Y sin embargo, la mayoría de los paraguayos opina, según las encuestas, que quienes no entienden español ''son como animales''. De cada dos peruanos, uno es indio, y la Constitución del Perú dice que el quechua es un idioma tan oficial como el español. La Constitución lo dice, pero la realidad no lo oye. El Perú trata a los indios como Africa del Sur trata a los negros. El español es el único idioma que se enseña en las escuelas y el único que entienden los jueces, y los policías, y los funcionarios. (El español no es el único idioma de la televisión, porque la televisión habla inglés.)

Hace cinco años, los funcionarios del Registro Civil de las Personas, en la ciudad de Buenos Aires, se negaron a inscribir el nacimiento de un niño. Los padres, indígenas de la provincia de Jujuy, querían que su hijo se llamara Qori Wamancha, un nombre de su lengua. El Registro argentino no lo aceptó ''por ser nombre extranjero''.

Los indios de las Américas viven exiliados en su propia tierra. El lenguaje no es una señal de identidad, sino una marca de maldición. No los distingue: los delata. Cuando un indio renuncia a su lengua, empieza a civilizarse. ¿Empieza a civilizarse o empieza a suicidarse?

Cuando yo era niño, en las escuelas del Uruguay nos enseñaban que el país se había salvado del ''problema indígena'' gracias a los generales que en el siglo pasado exterminaron a los últimos charrúas.

El problema indígena: los primeros americanos, los verdaderos descubridores de América, son un problema. Y para que el problema deje de ser un problema es preciso que los indios dejen de ser indios. Borrarlos del mapa o borrarles el alma, aniquilarlos o asimilarlos; el genocidio o el otrocidio.

En diciembre de 1976, el ministro del Interior de Brasil anunció triunfal que ''el problema indígena quedará completamente resuelto'' al final del siglo XX: todos los indios estarán ya para entonces debidamente integrados a la sociedad brasileña, y ya no serán indios. El ministro explicó que el organismo oficialmente destinado a su protección (Funai, Fundaçao Nacional Do Indio) se encargará de civilizarlos; o sea, se encargará de desaparecerlos. Las balas, la dinamita, las ofrendas de comida envenenada, la contaminación de los ríos, la devastación de los bosques y la difusión de virus y bacterias desconocidos por los indios han acompañado la invasión de la Amazonia por las empresas ansiosas de minerales y de madera y todo lo demás. Pero la larga y feroz embestida no ha bastado. La domesticación de los indios sobrevivientes que los rescata de la barbarie es también un arma imprescindible para despejar de obstáculos el camino de la conquista.

''Matar al indio y salvar al hombre'', aconsejaba el piadoso coronel norteamericano Henry Pratt. Y muchos años después, el novelista peruano Mario Vargas Llosa explica que no hay más remedio que modernizar a los indios, aunque haya que sacrificar sus culturas, para salvarlos del hambre y de la miseria.

La salvación condena a los indios a trabajar de sol a sol en minas y plantaciones, a cambio de jornales que no alcanzan para comprar una lata de comida para perros. Salvar a los indios también consiste en romper sus refugios comunitarios y arrojarlos a las canteras de mano de obra barata en la violenta intemperie de las ciudades, donde cambian de lengua, y de nombre, y de vestido y terminan siendo mendigos, y borrachos, y putas de burdel. O salvar a los indios consiste en ponerles uniforme y mandarlos, fusil al hombro, a matar a otros indios o a morir defendiendo el sistema que los niega. Los indios son buena carne de cañón; de los 25.000 indios norteamericanos enviados a la Segunda Guerra Mundial murieron 10.000.

El 16 de diciembre de 1492, Colón lo había anunciado en su diario: los indios sirven ''para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres''. Secuestro de los brazos, robo del alma; para nombrar esta operación, en toda América se usa, desde los tiempos coloniales, el verbo reducir. El indio salvado es el indio reducido. Se reduce hasta desaparecer; vaciado de sí, es un no-indio, y es nadie.

El chamán de los indios chamacocos, del Paraguay, canta a las estrellas, a las arañas y a la loca Totila, que deambula por los bosques y llora. Y canta lo que le cuenta el martín pescador: ''No sufras hambre, no sufras sed. Súbete a mis alas y comeremos peces del río y beberemos el viento''.

Y canta lo que le cuenta la neblina: ''Vengo a cortar la helada para que tu pueblo no sufra frío''. Y canta lo que le cuentan los caballos del cielo: ''Ensíllanos y vamos en busca de la lluvia''.

Pero los misioneros de una secta evangélica han obligado al chamán a dejar sus plumas, y sus sonajas, y sus cánticos, ''por ser cosas del diablo''; y él ya no puede curar las mordeduras de víboras, ni traer la lluvia en tiempos de sequía, ni volar sobre la tierra para captar lo que ve. En una entrevista con Ticio Escobar, el chamán dice: ''Dejo de cantar y me enfermo. Mis sueños no saben adónde ir y me atormentan. Estoy viejo, estoy lastimado. Al final, ¿de qué me sirve renegar de lo mío?''.

El chamán lo dice en 1986. En 1614, el arzobispo de Lima había mandado quemar todas las quenas y demás instrumentos de la música de los indios, y había prohibido todas sus danzas y cantos y ceremonias ''para que el demonio no pueda continuar ejerciendo sus engaños''. Y en 1625, el oidor de la Real Audiencia de Guatemala había prohibido las danzas y cantos y ceremonias de los indios, bajo pena de 100 azotes, ''porque en ellas tienen pacto con los demonios''.

Para despojar a los indios de su libertad y de sus bienes, se despoja a los indios de sus símbolos de identidad. Se les prohíbe cantar y danzar y sonar a sus dioses, aunque ellos habían sido por sus dioses cantados y danzados y sonados en el lejano día de la creación. Desde los frailes y funcionarios del reino colonial hasta los misioneros de las sectas norteamericanas que hoy proliferan en América latina, se crucifica a los indios en nombre de Cristo; para salvarlos del infierno, hay que evangelizar a los paganos idólatras. Se usa al Dios de los cristianos como coartada para el saqueo.

El arzobispo Desmond Tutu se refiere al Africa, pero también vale para América: ''Vinieron. Ellos tenían la Biblia, y nosotros teníamos la tierra. Y nos dijeron: Cierren los ojos y recen. Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra, y nosotros teníamos la Biblia''.

Los doctores del Estado moderno, en cambio, prefieren la coartada de la Ilustración: para salvarlos de las tinieblas hay que civilizar a los bárbaros ignorantes. Antes y ahora, el racismo convierte al despojo colonial en un acto de justicia. El colonizado es un sub-hombre, capaz de superstición pero incapaz de religión, capaz de folklore pero incapaz de cultura; el sub-hombre merece trato sub-humano, y su escaso valor corresponde al bajo precio de los frutos de su trabajo. El racismo legitima la rapiña colonial y neocolonial, todo a lo largo de los siglos y de los diversos niveles de sus humillaciones sucesivas. América latina trata a sus indios como las grandes potencias tratan a América latina.

Gabriel René-Moreno fue el más prestigioso historiador boliviano del siglo pasado. Una de las universidades de Bolivia lleva su nombre en nuestros días. Este prócer de la cultura nacional creía que ''los indios son asnos, que generan mulos cuando se cruzan con la raza blanca''. El había pesado el cerebro indígena y el cerebro mestizo, que, según su balanza, pesaban entre cinco, siete y diez onzas menos que el cerebro de raza blanca, y, por lo tanto, los consideraba ''celularmente incapaces de concebir la libertad republicana''. El peruano Ricardo Palma, contemporáneo y colega de René-Moreno, escribió que ''los indios son una raza abyecta y degenerada''. Y el argentino Domingo Faustino Sarmiento elogiaba así la larga lucha de los indios araucanos por su libertad: ''Son más indómitos, lo que quiere decir: animales más reacios, menos aptos para la civilización y la asimilación europea''.

El más feroz racismo de la historia latinoamericana se encuentra en las palabras de los intelectuales más célebres y celebrados de fines del siglo XIX y en los actos de los políticos liberales que fundaron el Estado moderno. A veces, ellos eran indios de origen, como Porfirio Díaz, autor de la modernización capitalista de México, que prohibió a los indios caminar por las calles principales y sentarse en las plazas públicas si no cambiaban los calzones de algodón por el pantalón europeo.

Eran los tiempos de la articulación al mercado mundial regido por el Imperio Británico, y el desprecio científico por los indios otorgaba impunidad al robo de sus tierras y de sus brazos. El mercado exigía café, pongamos por caso, y el café exigía más tierras y más brazos. Entonces, pongamos por caso, el presidente liberal de Guatemala, Justo Rufino Barrios, hombre de progreso, restablecía el trabajo forzado de la época colonial y regalaba a sus amigos tierras de indios y peones indios en cantidad.



El racismo se expresa con la más ciega ferocidad en países como Guatemala, donde los indios siguen siendo porfiada mayoría a pesar de las frecuentes oleadas exterminadoras. En nuestros días no hay mano de obra peor pagada; los indios mayas reciben 65 centavos de dólar por cortar un quintal de café o de algodón o una tonelada de caña. Los indios no pueden ni plantar maíz sin permiso militar y no pueden moverse sin permiso de trabajo. El ejército organiza el reclutamiento masivo de brazos para las siembras y cosechas de exportación. En las plantaciones se usan pesticidas 50 veces más tóxicos que el máximo tolerable; la leche de las madres es la más contaminada del mundo occidental. Rigoberta Menchu: su hermano menor, Felipe, y su mejor amiga, María, murieron en la infancia por causa de los pesticidas rociados desde las avionetas. Felipe murió trabajando en el café. María, en el algodón. A machete y bala, el ejército acabó después con todo el resto de la familia de Rigoberta y con todos los demás miembros de su comunidad. Ella sobrevivió para contarlo.

Con alegre impunidad se reconoce oficialmente que han sido borradas del mapa 440 aldeas indígenas entre 1981 y 1983, a lo largo de una campaña de aniquilación más extensa, que asesinó o desapareció a muchos miles de hombres y de mujeres. La limpieza de la sierra, plan de tierra arrasada, cobró también las vidas de una incontable cantidad de niños. Los militares guatemaltecos tienen la certeza de que el vicio de la rebelión se transmite por los genes. Una raza inferior, condenada al vicio y a la holgazanería, incapaz de orden y de progreso, ¿merece mejor suerte? La violencia institucional, el terrorismo de Estado, se ocupa de despejar las dudas. Los conquistadores ya no usan caparazones de hierro, sino que visten uniformes de la guerra de Vietnam. Y no tienen piel blanca; son mestizos avergonzados de su sangre o indios enrolados a la fuerza y obligados a cometer crímenes que los suicidan. Guatemala desprecia a los indios, Guatemamal se autodesprecia.

Resultaría absurdo retroceder cinco siglos en las técnicas de producción; pero no menos absurdo es ignorar las catástrofes de un sistema que exprime a los hombres, y arrasa los bosques, y viola la tierra, y envenena los ríos, para arrancar la mayor ganancia en el plazo menor. ¿No es absurdo sacrificar a la naturaleza y a la gente en los altares del mercado internacional? En ese absurdo vivimos; y lo aceptamos como si fuera nuestro único destino posible. Las llamadas culturas primitivas resultan todavía peligrosas porque no han perdido el sentido común. Sentido común que es también, por extensión natural, sentido comunitario. Si pertenece a todos el aire, ¿por qué ha de tener dueño la tierra? Si desde la tierra venimos, y hacia la tierra vamos, ¿acaso no nos mata cualquier crimen que contra la tierra se comete? La tierra es cuna y sepultura, madre y compañera. Se le ofrece el primer trago y el primer bocado; se le da descanso, se la protege de la erosión. El sistema desprecia lo que ignora, porque ignora lo que teme conocer. El racismo es también una máscara del miedo.

¿Qué sabemos de las culturas indígenas? Lo que nos han contado las películas del Far West. Y de las culturas africanas, ¿qué sabemos? Lo que nos ha contado el profesor Tarzán, que nunca estuvo. Dice un poeta negro del interior de Bahia: ''Primero me robaron del Africa. Después robaron el Africa de mí''. La memoria de América ha sido mutilada por el racismo. Seguimos actuando como si fuéramos hijos de Europa, y de nadie más.

A fines del siglo pasado, un médico inglés, John Down, identificó el síndrome que hoy lleva su nombre. El creyó que la alteración de los cromosomas implicaba ''un regreso a

ce hasta desaparecer; vaciado de sí, es un no-indio, y es nadie.

El chamán de los indios chamacocos, del Paraguay, canta a las estrellas, a las arañas y a la loca Totila, que deambula por los bosques y llora. Y canta lo que le cuenta el martín pescador: "No sufras hambre, no sufras sed. Súbete a mis alas y comeremos peces del río y beberemos el viento".

Y canta lo que le cuenta la neblina: "Vengo a cortar la helada para que tu pueblo no sufra frío". Y canta lo que le cuentan los caballos del cielo: "Ensíllanos y vamos en busca de la lluvia".

Pero los misioneros de una secta evangélica han obligado al chamán a dejar sus plumas, y sus sonajas, y sus cánticos, "por ser cosas del diablo"; y él ya no puede curar las mordeduras de víboras, ni traer la lluvia en tiempos de sequía, ni volar sobre la tierra para captar lo que ve. En una entrevista con Ticio Escobar, el chamán dice: "Dejo de cantar y me enfermo. Mis sueños no saben adónde ir y me atormentan. Estoy viejo, estoy lastimado. Al final, ¿de qué me sirve renegar de lo mío?".

El chamán lo dice en 1986. En 1614, el arzobispo de Lima había mandado quemar todas las quenas y demás instrumentos de la música de los indios, y había prohibido todas sus danzas y cantos y ceremonias "para que el demonio no pueda continuar ejerciendo sus engaños". Y en 1625, el oidor de la Real Audiencia de Guatemala había prohibido las danzas y cantos y ceremonias de los indios, bajo pena de 100 azotes, "porque en ellas tienen pacto con los demonios".

Para despojar a los indios de su libertad y de sus bienes, se despoja a los indios de sus símbolos de identidad. Se les prohíbe cantar y danzar y sonar a sus dioses, aunque ellos habían sido por sus dioses cantados y danzados y sonados en el lejano día de la creación. Desde los frailes y funcionarios del reino colonial hasta los misioneros de las sectas norteamericanas que hoy proliferan en América latina, se crucifica a los indios en nombre de Cristo; para salvarlos del infierno, hay que evangelizar a los paganos idólatras. Se usa al Dios de los cristianos como coartada para el saqueo.

El arzobispo Desmond Tutu se refiere al Africa, pero también vale para América: "Vinieron. Ellos tenían la Biblia, y nosotros teníamos la tierra. Y nos dijeron: Cierren los ojos y recen. Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra, y nosotros teníamos la Biblia".

Los doctores del Estado moderno, en cambio, prefieren la coartada de la Ilustración: para salvarlos de las tinieblas hay que civilizar a los bárbaros ignorantes. Antes y ahora, el racismo convierte al despojo colonial en un acto de justicia. El colonizado es un sub-hombre, capaz de superstición pero incapaz de religión, capaz de folklore pero incapaz de cultura; el sub-hombre merece trato sub-humano, y su escaso valor corresponde al bajo precio de los frutos de su trabajo. El racismo legitima la rapiña colonial y neocolonial, todo a lo largo de los siglos y de los diversos niveles de sus humillaciones sucesivas. América latina trata a sus indios como las grandes potencias tratan a América latina.

Gabriel René-Moreno fue el más prestigioso historiador boliviano del siglo pasado. Una de las universidades de Bolivia lleva su nombre en nuestros días. Este prócer de la cultura nacional creía que "los indios son asnos, que generan mulos cuando se cruzan con la raza blanca". El había pesado el cerebro indígena y el cerebro mestizo, que, según su balanza, pesaban entre cinco, siete y diez onzas menos que el cerebro de raza blanca, y, por lo tanto, los consideraba "celularmente incapaces de concebir la libertad republicana". El peruano Ricardo Palma, contemporáneo y colega de René-Moreno, escribió que "los indios son una raza abyecta y degenerada". Y el argentino Domingo Faustino Sarmiento elogiaba así la larga lucha de los indios araucanos por su libertad: "Son más indómitos, lo que quiere decir: animales más reacios, menos aptos para la civilización y la asimilación europea".

El más feroz racismo de la historia latinoamericana se encuentra en las palabras de los intelectuales más célebres y celebrados de fines del siglo XIX y en los actos de los políticos liberales que fundaron el Estado moderno. A veces, ellos eran indios de origen, como Porfirio Díaz, autor de la modernización capitalista de México, que prohibió a los indios caminar por las calles principales y sentarse en las plazas públicas si no cambiaban los calzones de algodón por el pantalón europeo.

Eran los tiempos de la articulación al mercado mundial regido por el Imperio Británico, y el desprecio científico por los indios otorgaba impunidad al robo de sus tierras y de sus brazos. El mercado exigía café, pongamos por caso, y el café exigía más tierras y más brazos. Entonces, pongamos por caso, el presidente liberal de Guatemala, Justo Rufino Barrios, hombre de progreso, restablecía el trabajo forzado de la época colonial y regalaba a sus amigos tierras de indios y peones indios en cantidad.



El racismo se expresa con la más ciega ferocidad en países como Guatemala, donde los indios siguen siendo porfiada mayoría a pesar de las frecuentes oleadas exterminadoras. En nuestros días no hay mano de obra peor pagada; los indios mayas reciben 65 centavos de dólar por cortar un quintal de café o de algodón o una tonelada de caña. Los indios no pueden ni plantar maíz sin permiso militar y no pueden moverse sin permiso de trabajo. El ejército organiza el reclutamiento masivo de brazos para las siembras y cosechas de exportación. En las plantaciones se usan pesticidas 50 veces más tóxicos que el máximo tolerable; la leche de las madres es la más contaminada del mundo occidental. Rigoberta Menchu: su hermano menor, Felipe, y su mejor amiga, María, murieron en la infancia por causa de los pesticidas rociados desde las avionetas. Felipe murió trabajando en el café. María, en el algodón. A machete y bala, el ejército acabó después con todo el resto de la familia de Rigoberta y con todos los demás miembros de su comunidad. Ella sobrevivió para contarlo.

Con alegre impunidad se reconoce oficialmente que han sido borradas del mapa 440 aldeas indígenas entre 1981 y 1983, a lo largo de una campaña de aniquilación más extensa, que asesinó o desapareció a muchos miles de hombres y de mujeres. La limpieza de la sierra, plan de tierra arrasada, cobró también las vidas de una incontable cantidad de niños. Los militares guatemaltecos tienen la certeza de que el vicio de la rebelión se transmite por los genes. Una raza inferior, condenada al vicio y a la holgazanería, incapaz de orden y de progreso, ¿merece mejor suerte? La violencia institucional, el terrorismo de Estado, se ocupa de despejar las dudas. Los conquistadores ya no usan caparazones de hierro, sino que visten uniformes de la guerra de Vietnam. Y no tienen piel blanca; son mestizos avergonzados de su sangre o indios enrolados a la fuerza y obligados a cometer crímenes que los suicidan. Guatemala desprecia a los indios, Guatemala se autodesprecia.

Resultaría absurdo retroceder cinco siglos en las técnicas de producción; pero no menos absurdo es ignorar las catástrofes de un sistema que exprime a los hombres, y arrasa los bosques, y viola la tierra, y envenena los ríos, para arrancar la mayor ganancia en el plazo menor. ¿No es absurdo sacrificar a la naturaleza y a la gente en los altares del mercado internacional? En ese absurdo vivimos; y lo aceptamos como si fuera nuestro único destino posible. Las llamadas culturas primitivas resultan todavía peligrosas porque no han perdido el sentido común. Sentido común que es también, por extensión natural, sentido comunitario. Si pertenece a todos el aire, ¿por qué ha de tener dueño la tierra? Si desde la tierra venimos, y hacia la tierra vamos, ¿acaso no nos mata cualquier crimen que contra la tierra se comete? La tierra es cuna y sepultura, madre y compañera. Se le ofrece el primer trago y el primer bocado; se le da descanso, se la protege de la erosión. El sistema desprecia lo que ignora, porque ignora lo que teme conocer. El racismo es también una máscara del miedo.

¿Qué sabemos de las culturas indígenas? Lo que nos han contado las películas del Far West. Y de las culturas africanas, ¿qué sabemos? Lo que nos ha contado el profesor Tarzán, que nunca estuvo. Dice un poeta negro del interior de Bahía: "Primero me robaron del Africa. Después robaron el Africa de mí". La memoria de América ha sido mutilada por el racismo. Seguimos actuando como si fuéramos hijos de Europa, y de nadie más.

A fines del siglo pasado, un médico inglés, John Down, identificó el síndrome que hoy lleva su nombre. El creyó que la alteración de los cromosomas implicaba "un regreso a

Cinco siglos de prohibición



Cinco siglos de prohibición

las razas inferiores", que generaba mongolian idiots, negroid idiots y aztec idiots. Simultáneamente, un médico italiano, Cesare Lombroso, atribuyó al criminal nato los rasgos físicos de los negros y de los indios.

Por entonces cobró base científica la sospecha de que los indios y los negros son proclives, por naturaleza, al crimen y a la debilidad mental. Los indios y los negros, tradicionales instrumentos de trabajo, vienen siendo también, desde entonces, objetos de ciencia.

En la misma época de Lombroso y Down, un médico brasileño, Raimundo Nina Rodrigues, se puso a estudiar el problema negro. Nina Rodrigues, que era mulato, llegó a la conclusión de que "la mezcla de sangres perpetúa los caracteres de las razas inferiores", y por tanto, "la raza negra en el Brasil ha de constituir siempre uno de los factores de nuestra inferioridad como pueblo". Este médico psiquiatra fue el primer investigador de la cultura brasileña de origen africano. La estudió como caso clínico; las religiones negras, como patología; los trances, como manifestaciones de histeria.

Poco después, un médico argentino, el socialista José Ingenieros, escribió que "los negros, oprobiosa escoria de la raza humana, están más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados". Y para demostrar su irremediable inferioridad, Ingenieros comprobaba: "Los negros no tienen ideas religiosas".

En realidad, las ideas religiosas habían atravesado la mar, junto a los esclavos, en los navíos negreros. Una prueba de obstinación de la dignidad humana; a las costas americanas solamente llegaron los dioses del amor y de la guerra. En cambio, los dioses de la fecundidad, que hubieran multiplicado las cosechas y los esclavos del amo, se cayeron en el agua.

Los dioses peleones y enamorados que completaron la travesía tuvieron que disfrazarse. Tuvieron que disfrazarse de santos blancos para sobrevivir y ayudar a sobrevivir a los millones de hombres y mujeres violentamente arrancados del Africa y vendidos como cosas. Ogum, dios del hierro, se hizo pasar por san Jorge, o san Antonio, o san Miguel, y Shango, con todos sus truenos y sus fuegos, se convirtió en santa Bárbara. Obatala fue Jesucristo, y Oshun, la divinidad de las aguas dulces, fue la Virgen de la Candelaria...

Dioses prohibidos. En las colonias españolas y portuguesas y en todas las demás, en las islas inglesas del Caribe, después de la abolición de la esclavitud, se siguió prohibiendo tocar tambores o sonar vientos al modo africano, y se siguió penando con cárcel la simple tenencia de una imagen de cualquier dios africano.

Dioses prohibidos, porque peligrosamente exaltan las pasiones humanas, y en ellas encarnan. Friedrich Nietzsche dijo una vez: "Yo sólo podría creer en un dios que sepa danzar". Como José Ingenieros, Nietzsche no conocía a los dioses africanos. Si los hubiera conocido, quizás hubiera creído en ellos. Y quizás hubiera cambiado algunas de sus ideas. José Ingenieros, quién sabe.

La piel oscura delata incorregibles defectos de fábrica. Así, la tremenda desigualdad social, que es también racial, encuentra su coartada en las taras hereditarias. Lo había observado Humboldt hace doscientos años, y en toda América sigue siendo así; la pirámide de las clases sociales es oscura en la base y clara en la cúspide. En el Brasil, por ejemplo, la democracia racial consiste en que los más blancos están arriba y los más negros abajo. James Baldwin, sobre los negros en EE.UU.: "Cuando dejamos Mississippi y vinimos al norte no encontramos la libertad. Encontramos los peores lugares en el mercado de trabajo; y en ellos estamos todavía".

Un indio argentino, Asunción Ontiveros Yulquila, evoca hoy día el trauma que marcó su infancia: "Las personas buenas y lindas eran las que se parecían a Jesús y a la Virgen. Pero mi padre y mi madre no se parecían para nada a las imágenes de Jesús y la Virgen María que yo veía en la iglesia de Abra Pampa". La cara propia es un error de la naturaleza. La cultura propia, una prueba de ignorancia o una culpa que expiar. Civilizar es corregir.

El fatalismo biológico, estigma de las razas inferiores, congénitamente condenadas a la indolencia y a la violencia y a la miseria, no sólo nos impide ver las causas reales de nuestra desventura histórica. Además, el racismo nos impide conocer, o reconocer, ciertos valores fundamentales que las culturas despreciadas han podido milagrosamente perpetuar y que en ellas encarnan todavía, mal que bien, a pesar de los siglos de persecución, humillación y degradación. Esos valores fundamentales no son objetos de museo. Son factores de historia, imprescindibles para nuestra imprescindible invención de una América sin mandones ni mandados. Esos valores acusan al sistema que los niega.

Hace algún tiempo, el sacerdote español Ignacio Ellacuria me dijo que le resultaba absurdo eso del Descubrimiento de América. El opresor es incapaz de descubrir, me dijo: "Es el oprimido el que descubre al opresor". El creía que el opresor ni siquiera puede descubrirse a sí mismo. La verdadera realidad del opresor sólo se puede ver desde el oprimido. Ellacuria fue acribillado a balazos por creer en esa imperdonable capacidad de revelación y por compartir los riesgos de la fe en su poder de profecía. ¿Lo asesinaron los militares de El Salvador o lo asesinó un sistema que no puede tolerar la mirada que lo delata?

Es un hecho conocido que, aun trescientos años después del Descubrimiento, a casi nadie le interesaba en Occidente reflexionar sobre lo que representaba América para el género humano. La convicción contemporánea de que el Descubrimiento modificó de modo definitivo la civilización europea, introduciéndola de pleno en la modernidad y la secularización, es una mera interpretación retrospectiva. Nadie entendió así los hechos en el momento en que sucedían. Como los procesos geológicos, los hallazgos de nuevas tierras y la colonización fueron produciendo fracturas profundas pero lentísimas en la conciencia cultural de los imperios que regían "el mundo conocido".

Las ordenadas jerarquías de la Edad Media no habían preparado a los hombres para enfrentarse con culturas que no se podían imaginar y en las que, sobre todo, había otros dioses y formas impensadas de relacionarse con ellos. Tampoco el Renacimiento supo cómo asimilar este choque con la Otredad. En la Inglaterra de Shakespeare e Isabel I, donde las teorías de Copérnico se difundían a través de manuales populares, la mayoría de los hombres cultos seguían pensando que el universo era geocéntrico.

Esa dificultad extrema para entender "lo otro" ha permitido que la historia de América comience con dos equívocos mayores. El primero tiene que ver con el Descubrimiento mismo. Antes de la llegada de Colón hubo un viaje precursor, como lo cuenta el Inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*. De ese viaje tenían noticias, al parecer, muchos de los mestizos y criollos ilustrados del Nuevo Mundo en la primera mitad del siglo XVI.

Refiere el Inca que, "cerca del año 1484", el piloto Alonso Sánchez de Huelva, salió de las Canarias con una provisión de frutos de las islas. Al poner rumbo al norte, hacia Madeira, "le dio un temporal ran recio y tempestuoso que no pudiendo resistirle, se dejó llevar". Anduvo casi un mes a la deriva hasta que fue a dar en unas tierras que tal vez fueran las que "ahora llaman Santo Domingo". Tomó notas de lo que había pasado y se hizo de nuevo a la mar, a tientas, perdiendo más de doce hombres en la travesía. Los cinco sobrevivientes "fueron a parar a casa del famoso Cristóbal Colón, genovés, porque supieron que era gran piloto y cosmógrafo y que hacía cartas de marear". Allí murieron todos, dejando en herencia los registros de sus desventuras.

Colón no fue, por lo tanto, el primer descubridor, lo que no disminuye el riesgo ni la grandeza de su hazaña.

El segundo equívoco es célebre y tiene que ver con el nombre: América se llama así por el explorador Amerigo Vespucci, quien fue, según la *Encyclopaedia Britannica*, el primero en llegar al Río de la Plata, y el primero en darse cuenta de que las tierras descubiertas no eran parte de Asia sino de un nuevo mundo. La mayor paradoja es que, cuando América empezó a llamarse así —hacia 1507—, el nombre era atribuido al sur del continente. Ahora, en cambio, Estados Unidos se ha apoderado de la nomenclatura completa, lo que tal vez no tenga que ver con la geografía ni con la justicia pero sí con el amor carnal de nuestros gobernantes.

En los estudios coloniales suele aceptarse sin discusión la tesis del mexicano Edmundo O'Gorman según la cual Europa inventó a América a su imagen y semejanza, llenando con su realidad los inmensos espacios vacíos. Si bien es cierto que los primeros cronistas de Indias, asombrados por la violencia de la naturaleza que tenían delante, describieron ruiseñores donde no los había; y si bien los pintores y grabadores, obedientes a las convenciones renacentistas, atribuyeron a los indígenas americanos la musculatura de los dioses clásicos, también es verdad que, para ajustarse de algún modo a la nueva realidad, para que América pudiera introducirse en el imaginario europeo, los cronistas y los historiadores tuvieron que revelar que la naturaleza conocida estaba sujeta, en América, a una inesperada metamorfosis.

La imagen que Europa tuvo del Nuevo Mundo no fue, como dice O'Gorman, la que

América inventa su propia historia

Por Tomás Eloy Martínez

ella había soñado o "inventado": fue la que construyeron los viajeros y los colonizadores para llamar la atención del rey y abrir brechas en la ignorancia y la indiferencia de la cultura española.

Las voces que esos cronistas soltaban al viento eran voces tan remotas, tan apagadas por la distancia, que no alcanzaban a disipar la indiferencia de nadie. Si aun para pagar el entierro de Cristóbal Colón, su hijo don Diego golpeó en vano a la puerta del rey Fernando en Valladolid: en vano, porque el rey sólo tenía oídos para los conflictos dinásticos y los problemas que le planteaba el matrimonio de su hija Juana, ¿cómo suponer que quienes lo sucedieron atenderían con mayor celo las desventuras de la conquista?

Esa reflexión abre otra cadena de preguntas: si el Imperio no podía o no sabía entender el alcance histórico de su propia empresa, ¿quién entonces, debía *contar la historia*, reconstruir la gesta y dibujar el rostro en el cual los americanos podrían reconocerse?

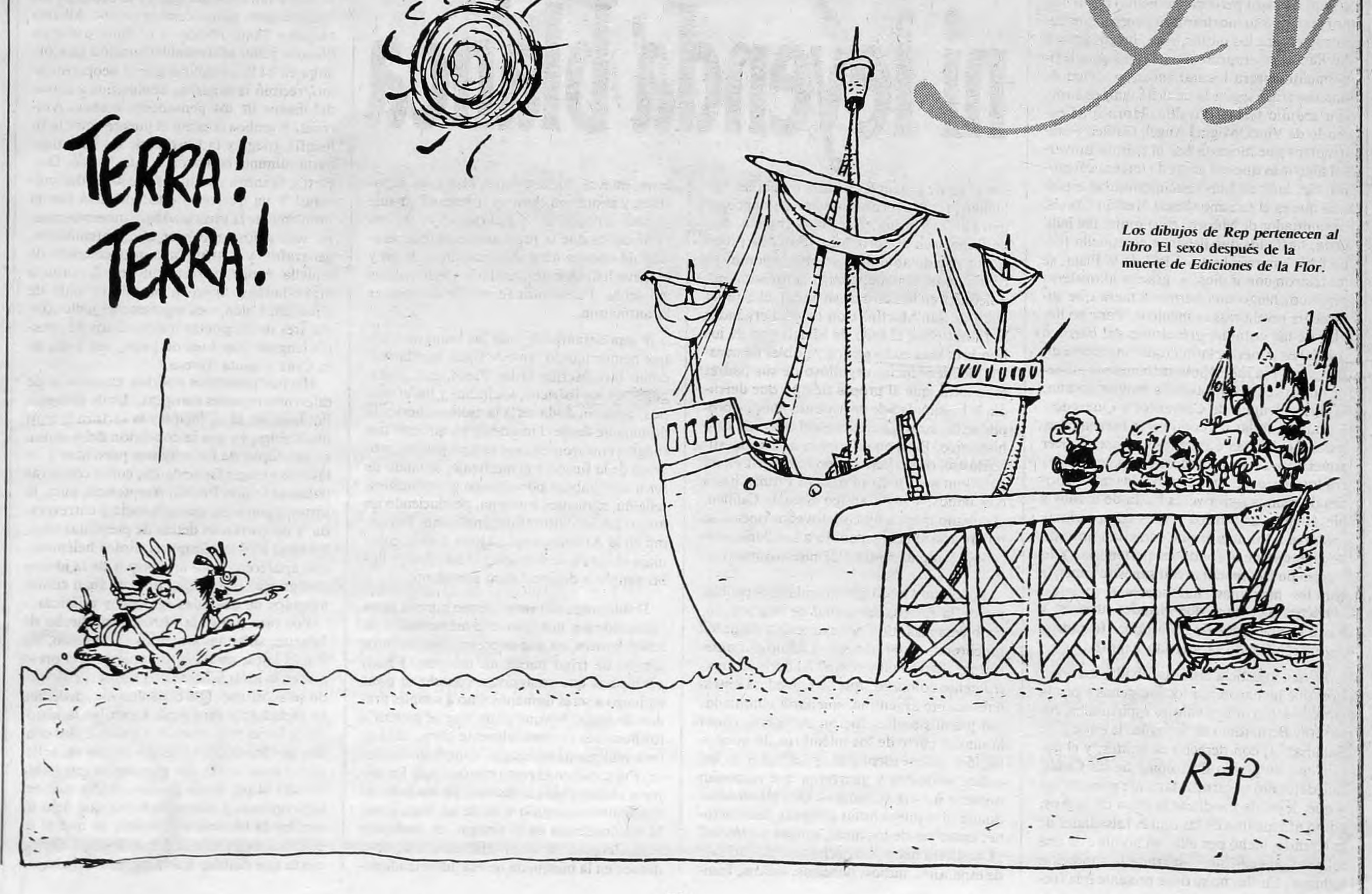
Apartados del poder y de un lugar legítimo en la historia de la propia tierra, privados de linaje, a los criollos no les quedaba otro recurso que crear por sí mismos esos dones: linaje, historia, y a falta de poder, memoriales de hazañas. La Corte los desoía. La única caja de resonancia que les quedaba, entonces, era el lenguaje.

No fue en España donde se empezó a escribir la epopeya americana sino en el territorio del Nuevo Mundo. Son los criollos —españoles de América— quienes asumieron la misión de construir una historia y una mitología donde los conquistadores podrían lavar la supuesta humildad de sus orígenes; de ellos dependió el imaginario, la incorporación a la cultura, la inserción de una realidad *otra* dentro del conocimiento humano.

Testigos directos de los hechos, y por eso mismo, fuentes de primera mano, los criollos trataron de persuadir a la Corona de que sus versiones eran imparciales, verdaderas y, por lo tanto, las únicas dignas de aceptación. Durante casi dos siglos construyeron una historia de la que habían sido protagonistas o testigos. Unos a otros se contestaron, se ratificaron, se desmintieron; fueron tejiendo la historia por acumulación, por erosión, como si se tratara de una operación geológica. Haber visto, haber estado allí, recordar lo que vieron, era —pensaban ellos— lo que tenía de verdad sus versiones.

Esa red de versiones enfrentadas, esa telaraña de genealogías y descripciones, de intereses y fantasías, de ignorancias y comparaciones imposibles, de luchas por el poder: ese mapa de letras demiúrgicas y contradictorias es el mapa de la fundación de América latina. Nuestra historia fue armándose con silencios y con exclusiones, pero sobre todo con recortes. En las crónicas de Indias, la historia, la ficción y el deseo no ocupan las categorías separadas que les da la historiografía. Son una misma lava, en la que puede leerse el origen de nuestra nacionalidad.

Crónicas como las del soldado alemán Ulrico Schmidl (publicadas en 1567) o como el *Lazarillo* de Carrió de la Vandera (1776) fundan, a través de la escritura, lo que hoy conocemos como la Argentina. Ambas describen los pillajes, la necrofilia, los odios internos y la tendencia al olvido que siguen estimulando, aún ahora, discusiones de sociólogos e historiadores. Ambas establecen, desde sus primeras páginas, que no puede haber identidad allí donde no hay recuerdo. En ambos textos se inventa el país que todavía no éramos. Pero también, al mismo tiempo que se nos inventa, se nos adivina. Es lo que siempre sucede con las verdades de la literatura verdadera.

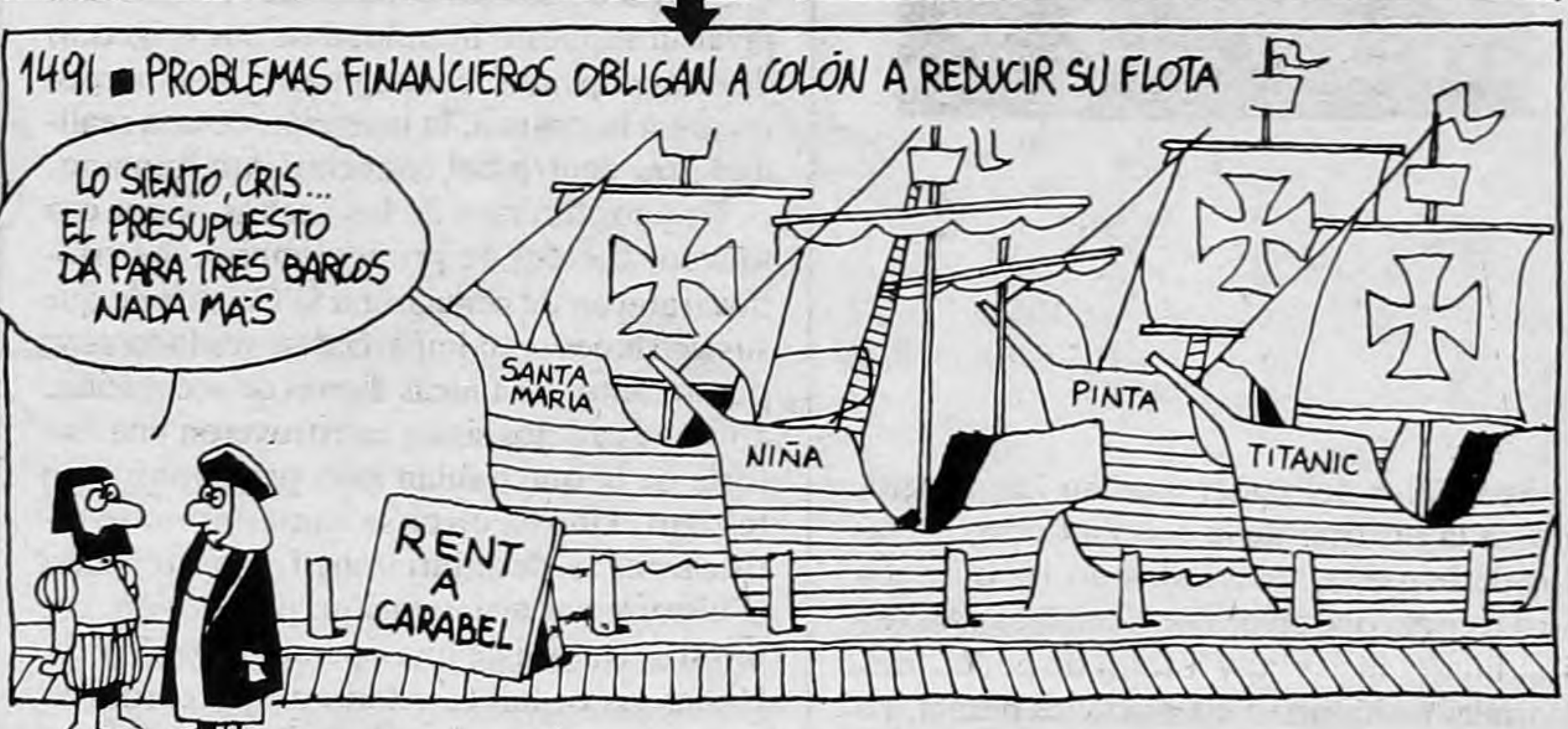


Los dibujos de Rep pertenecen al libro El sexo después de la muerte *de Ediciones de la Flor.*









Ni leyenda negra, ni leyenda blanca

Por Ernesto Sabato



Es cierto que hablar de *descubrimiento de América* ya puede ser considerado, desde el punto de vista de los impugnadores, como una despectiva denominación eurocéntrica, como si las grandes culturas indígenas no hubieran existido hasta ese momento. Pero deja de serlo si se considera que los europeos no las conocieron hasta esa fecha o sólo un exceso de amor propio puede tomar esa expresión como peyorativa. Lo que sí es reprobable es que se la siga utilizando hasta nuestros días, cuando, aun en aquel tiempo, los espíritus europeos más elevados manifestaron su admiración por lo que habían encontrado en el Nuevo Continente.

Desde esta legítima perspectiva, sería mejor hablar del *encuentro entre dos mundos* y que se reconocieran y lamentaran las atrocidades perpetradas por los sojuzgadores, reconocimiento que debería venir acompañado por el inverso reconocimiento de los acusadores, admitiendo las positivas consecuencias que con el tiempo produjo la conquista hispánica. Bastaría tener presente que la literatura de lengua castellana ha producido en América, con una inmensa cantidad de mestizos, una de las literaturas más originales y profundas de nuestro tiempo. Si la leyenda negra fuera una verdad absoluta, los descendientes de aquellos indígenas avasallados deberían mantener atávicos resentimientos contra España, y no sólo no es así, sino que dos de los más grandes poetas de la lengua castellana de todos los tiempos, mestizos, cantaron a España en poemas inmortales: Rubén Darío en Nicaragua y César Vallejo en Perú.

Esa leyenda siniestra fue comenzada por las naciones que querían suplantar al más poderoso imperio de la época, entre ellas Inglaterra, que no sólo cometió en el mundo entero atrocidades tan graves como las españolas, pero agravadas por su clásico racismo, que aún perdura, cometido hasta hoy por el imperio norteamericano; no únicamente contra los indios, sino, luego, contra los llamados despectivamente *hispanos* y finalmente contra los italianos, en virtud de una doctrina según la cual Reagan es superior a Julio César, Virgilio, Horacio, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Galileo y tantos otros que hicieron por la cultura universal algo más que ese actor de tercera categoría. No, aquí no hubo esa inferioridad espiritual que es el racismo: desde Hernán Cortés, conquistador de México, cuya mujer fue indígena, hasta los que llegaron en aquella formidable empresa hasta el Río de la Plata, se mezclaron con indios, y, gracias al misterio genético, tengo una hermosa nieta que sutilmente revela rasgos incaicos. Para no hablar de las notables creaciones del barroco ibérico en América latina, que sutilmente difiere del de la metrópoli, de la misma manera que sucedió con nuestra lengua común: la ilustre lengua de Cervantes y Quevedo.

Vamos, todas las conquistas fueron crueles, sanguinarias e injustas, y bastaría leer aquel libro de un sacerdote belga en que narra los horrores, los castigos, las mutilaciones de manos —y a veces hasta de manos y pies— que sus burdos y viles compatriotas infligían a los negros que cometían un robo de algo que en el fondo les pertenecía. Y lo mismo podría repetirse con siniestra simetría con los alemanes, holandeses e ingleses. ¿Quiénes son ellos, qué virtudes tuvieron y hasta siguen teniendo para haber forjado y seguir repitiendo la leyenda negra?

Es una injusticia histórica olvidar los nombres que lucharon por los indígenas y por la conservación de sus valores espirituales, como fray Bernardino de Sahagún; la escuela de Salamanca, con derecho de gentes, y el nobilísimo dominico Bartolomé de las Casas, que defendió encarnizadamente a los indios y que, lejos de propiciar la trata de negros, como afirma una de las tantas falsedades de la leyenda, luchó por ellos en nombre de una religión que considera sagrada la condición humana. En fin, no se tiene presente que fueron hijos de españoles y hasta españoles que lucharon contra el absolutismo de su propia tierra los que insurgieron contra España, desde Bolívar en el norte hasta San Martín en el sur, nacido aquí, que combatió como coronel, heroicamente, contra la invasión napoleónica en la tierra de su padre, el capitán Juan de San Martín. Con razón Fernández Retamar pone el caso de Martí, uno de los hombres más esclarecidos y nobles de nuestra independencia, orgulloso de sus padres españoles, que al propio tiempo que defendía la legitimidad de una cultura nueva y propia se declaraba heredero del Siglo de Oro hispánico. Para no referirnos a tanto mestizo ilustre, como Bernardino Rivadavia en mi país, con negros en su pasado y quizá hasta con indios, y a mi amigo Nicolás Guillén, el cubano que en un conmovedor poema se refiere a su abuelo español y a su abuelo africano, ejemplar síntesis de nuestro mestizaje.

Todo este asunto está vinculado al problema de la famosa *identidad de una nación*, problema bizantino por excelencia. Se habla mucho de *recobrar nuestra identidad americana*. Pero ¿cuál y cómo? Al decir ya *nuestra* gente como yo, que se considera entrañablemente argentina, quedaría eliminada, porque mis padres fueron europeos, como la mayor parte de los miembros de nuestra nación. ¿Cuál identidad, pues? ¿La de los indios nómadas y guerreros que recorrían nuestras inmensas llanuras, casi planetarias, donde ni siquiera hubo antiguas civilizaciones como las de los incas, mayas o aztecas? ¿Una tierra que se ha hecho con el hibridaje de españoles, indios, italianos, vascos, franceses, eslavos, judíos, sirios, libaneses, japoneses, y ahora con chinos y coreanos? ¿Y qué idioma reivindicar? Es curioso que buena parte de los que se proponen esta recuperación de nuestra identidad hablan en buen y longevo lenguaje de Castilla y no en lenguas indígenas. Paradójica forma de reivindicar lo autóctono.

Y aun dejando de lado las inmigraciones que hemos tenido en este siglo, quedarían, como bien escribe Uslar Pietri, tres protagonistas: los ibéricos, los indios y los africanos, pero sin duda sería la cultura ibérica la dominante desde el momento en que esas tres sangres entraron en esos complejísimos procesos de la fusión y el mestizaje, dejando de ser lo que habían sido en usos y costumbres, religión, alimentos e idioma, produciendo un nuevo hecho cultural originalísimo. No como en la América anglosajona o en el coloniaje europeo de Europa y Asia, donde hubo simple y despreciativo trasplante.

Hablé antes de bizantinismo porque estos falsos dilemas nos traen a la memoria los célebres *sorites*, en que se preguntaba cuántos granos de trigo hacen un *montón*. Falsos problemas que se agravan cuando se pone en juego a seres humanos y no a simples granos de trigo, porque nada que se refiera a los hombres es esencialmente puro, todo es invariablemente mezclado, complejo e impuro. Pues sólo en el reino platónico de los objetos ideales existe la pureza, ya sea la de un triángulo rectángulo o la de un logaritmo. Si retrocedemos en el tiempo, en cualquier parte del planeta, no sabríamos dónde detenernos en la búsqueda de esa ilusoria *identidad*. Pensemos en los propios españoles, que ahora son el centro de esta polémica: no sería, sin duda, en los reinos visigóticos, ya que no se habla en la Península una lengua germánica; habría que retroceder, entonces hasta el dominio de Roma, que produjo una cultura tan entrañable que se sigue hablando y escribiendo un idioma derivado del latín, no del ciceroniano, claro, sino del de la soldadesca, porque ni en esto se encuentra jamás algo elevado. Pero, ¿por qué detenerse en lo romántico? Los puristas querrían entonces descender hasta los iberos, misterioso pueblo cuya lengua ignoramos pero que, al parecer, algo tenía que ver con los africanos y, quizá, hasta con el vascuence, pero que en todo caso invalidarían automáticamente el derecho a la *verdadera* identidad hispánica en que surgieron y vivieron después dominaciones tan profundas y viscerales que pudieron producir un gran escritor latino como Séneca. Y todo se complica aún más si reflexionamos en los reinos moros de Al Andalus, donde quizá se dio el más grande y emocionante ejemplo de convivencia de árabes, judíos y cristianos. En la catedral de Sevilla está el sepulcro de Fernando el Santo, llamado el *gran señor de la convivencia*, y la inscripción, a cada lado, en latín, árabe, hebreo y español, que lo enaltece.

España estaba empapada de sangre judía a partir de la Inquisición, que también la derramó en la entera Europa cristiana. Ese tenebroso período, sin embargo, no debe hacernos olvidar que en aquella tierra ibérica, en épocas más tolerantes, el pueblo hebreo había alcanzado tan grande respeto que su sangre se mezcló hasta con la sangre real. Y que un filólogo de la talla de Menéndez Pelayo escribió: "El primer poeta castellano conocido es probablemente el excelso poeta hebreo Yehuda Halevi, de quien consta que versificó no solamente en su lengua, sino en árabe y en la lengua vulgar de los cristianos". Este hombre, que nació hacia 1087, fue considerado el más grande poeta lírico del judaísmo, pero, en cuanto a su modalidad, tan característicamente castellano como su amigo Moisés Ibn Ezra, era andaluz.

Y aun hay algo más importante: el centro cultural moro-judaico, heredero de la gran cultura de Bagdad, tanto en Córdoba *la novia de Andalucía*, como en otras ciudades del mismo reino, desarrolló el puente entre la cultura helénica, que los musulmanes habían recogido en el Asia Menor y en Alejandría, y la Europa bárbara, tarea en la que no se debe tampoco olvidar la Escuela de Traductores de Toledo, fundada en el siglo XII. Avicebrón, nacido en Málaga en 1020, conocedor de la filosofía neoplatónica, influyó sobre san Buenaventura y la orden de los franciscanos, que polemizaron con Alberto Magno y Santo Tomás. Y en cuanto al gran filósofo judío Maimónides, nacido en Córdoba en 1135, influidos por el neoplatonismo, recibió la doctrina aristotélica a través del mayor de los pensadores árabes, Averroes. Y ambos crearon el puente entre la filosofía griega y la Europa de los bárbaros, hasta culminar en Bacon, Santo Tomás, Descartes, Spinoza y Kant. ¡Vaya identidad cultural! Y ya que todo esto comenzó con el problema de la identidad hispanoamericana, no será ocioso recordar que matemáticos, geógrafos y astrónomos provenientes de aquella época trascendente de la cultura árabe-judaica hicieron posible el viaje de Cristóbal Colón, casi seguramente judío. Como tres de los poetas más excelsos de nuestra lengua: fray Luis de León, san Juan de la Cruz y santa Teresa.

Hechos parecidos podrían enunciarse de diferentes regiones europeas, donde el degüello, la peste, la violación y la tortura fueron inevitables, ya que la condición del hombre es así, capaz de los mayores portentos y de las más atroces ferocidades, como con otras palabras lo dijo Pascal. Aceptemos, pues, la historia como es, siempre sucia y entreverada, y no corramos detrás de presuntas identidades. Ni los olímpicos dioses helénicos, que aparecen como arquetipos de la identidad griega, eran impolutos: estaban contaminados de deidades egipcias y asiáticas.

Por otra parte, la historia está hecha de falacias, sofismas y olvidos. Yo mismo, sin ir más lejos, no recuerdo quién era el preso que en la aciaga Torre de Londres, esperando su acostumbrada decapitación, dedicaba su menguante existencia a escribir la historia de Inglaterra, cuando, a través de los criados que le traían su bazofia cotidiana, le llegaron noticias de una gran pelea que había habido al pie de su prisión, informaciones tan confusas y contradictorias que dejó de escribir la historia de su país, ya que ni siquiera, caviló, era capaz de saber a ciencia cierta qué diablos había pasado ahí abajo.